

De los quinientos mil hombres que acaban de ser citados, sólo para trescientos cincuenta mil había que decretar medidas legislativas. Con efecto, el alistamiento de 1813 ya había sido votado y hecho: juntos estaban los cien mil hombres de las cohortes, pero se requería que un voto del senado autorizase para emplearlos más allá de las fronteras; y faltaba pedir los cien mil hombres que se habían de sacar de las cuatro últimas clases y la conscripción de 1814. Se preparó un senadoconsulto que abarcaba todas estas providencias, acompañándolo una Memoria de Mr. de Basano en que la defección del general York se refería á la larga y con vehemencia, en que se presentaban los movimientos de Alemania como agitaciones anárquicas, excitadas por los soberanos á instigación de Inglaterra, en que se comparaba el orden regular mantenido en Francia al desorden imprudentemente favorecido en Europa por príncipes de antigua raza, en que se aspiraba en suma á despertar, además del odio al extranjero, un grande horror á las turbulencias revolucionarias, horror que ya la conspiración del general Malet había hecho nuevamente bastante común en Francia.

Antes de enviar este senadoconsulto al senado, quiso Napoleón convocar un consejo extraordinario, donde platicara con algunos personajes eminentes sobre la situación de Europa y sobre las providencias que deberían adoptarse para poner término á la grande lucha en que se hallaba comprometido. Poco habituado á consultar ni aun á sus ministros, no teniendo con ellos más que consejos particulares sobre asuntos especiales, reservándose exclusivamente el conjunto del gobierno, se había hecho algo más comunicativo á contar desde sus desventuras, y sin inclinarse más que de costumbre á seguir el dictamen ajeno, se hallaba pronto á aparentarlo con el fin de asociar á su acción más gente. Además estaba resuelto á conducirse como soldado, á dejarse del fausto de soberano de que había hecho alarde en la campaña de 1812, á ser verdaderamente el general Bonaparte, y á tornar á aquellos tiempos en que, trabajando día y noche, viviendo casi á caballo, sólo á costa de desvelos infinitos alcanzaba los favores que la fortuna parecía dispensarle á manos llenas. Decidido se encontraba de consiguiente á expiar sus faltas, á expiarlas con prodigios de aplicación y de energía, desgraciadamente no por la mesura, pues para salvarse, y aún era tiempo, se necesitaba desarmar al mundo por dos medios, la fuerza y la mesura. Ahora bien, de estos dos medios sólo admitía el de la fuerza, no porque no pensase en la paz, antes bien conocía serle necesaria y la deseaba sinceramente; pero quería vencer primero y recuperar su ascendiente, y después dictar una paz á su conveniencia, ligeramente acomodada á las circunstancias, si bien no correspondiendo al estado actual de los ánimos ni al cambio que se había operado en las disposiciones de Europa.

Desde su vuelta, entre los que andaban en torno suyo no había más que un concierto de votos públicos ó secretos por la paz más pronta. El archicanciller con su gravedad y su reserva habituales, Mr. de Talleyrand con su indolencia, ora afectada, ora efectiva, el duque de Rovigo con la osadía de un familiar acostumbrado á decirlo todo, Mr. Mollién con la pesadumbre de un hacendista lleno de apuros; finalmente, entre los altos

oficiales de la corte, el gran mariscal Duroc con su discreta cordura, Mr. de Caulaincourt con la firmeza de un buen ciudadano, insinuaban ó declaraban en alta voz que se necesitaba la paz más ó menos ventajosa, pero se necesitaba cualquiera que fuese bajo pena de ruina. En pedirla mostró más atrevimiento y más razón que nadie Mr. de Caulaincourt, el cual se condujo en estas circunstancias de una manera propia á granjearse por siempre la estimación de los hombres honrados. A todas las instancias respondía Napoleón que también él la quería y conocía ser necesaria; pero que había que ganarla con un supremo y último esfuerzo, lo cual era verdad del todo. Además añadía que, deseándola y estando determinado á hacerla, convenía no revelarlo demasiado, porque todo se perdería si se llegaba á creer en Europa quebrantado el valor de Francia, lo cual era verdad asimismo, bien que á condición de que, al mostrarse resueltos al combate, no se desesperanzara á los que, mediante algunas concesiones, estaban dispuestos, como Austria, á unirse á nosotros para imponer la moderación á todo el mundo.

Entre los personajes de viso que en torno de Napoleón se atrevían ya á emitir opiniones envalentonadas por el peligro ó quizá también por la disminución del prestigio, uno solo, siempre seguro, llevando siempre alto y con aire de satisfacción el semblante, Mr. de Basano, se manifestaba tan confiado como si no se hubieran consumado los sucesos de Rusia. Según su manera de ver las cosas, invencible Napoleón, aunque vencido, repararía muy en breve una desgracia que al cabo no consistía más que en un mal invierno, volvería á poner la Europa á sus plantas y dictaría las condiciones de la pacificación general. Estas vanas palabras, cuyo valor conocía Napoleón en la esencia, le agradaban á pesar de todo, y aun sin creerlo satisficiale oír propalar que era tan pujante como en otros días. No obstante, se le pudiera proporcionar un gusto menos peligroso y quizá más dulce, el de papentizarle de continuo la urgente, la absoluta necesidad de los sacrificios, preparando de este modo una excusa para ceder á su mortificado orgullo.

Por lo demás, repetimos que Napoleón no rechazaba la idea de las negociaciones, sólo disputaba sobre las formas que había que emplear para abrirlas. Con efecto, había una cuestión política del todo, de importancia suma, y debatida vehementemente por los personajes que Napoleón tenía al lado, á pesar del silencio á que se atemperaban por costumbre. Admitido el principio de las negociaciones, tratábase de averiguar cómo serían iniciadas, si habría que prestarse á las miras de Austria, consintiéndola tomar el papel oficioso, que al parecer anhelaba desempeñar con tanta premura, ó si, prescindiendo de mediadores más ó menos sinceros y desinteresados, se iría en derechura á la parte contraria, esto es, á Rusia, para entenderse francamente con ella y acabar una lucha inútil y desastrosa. Muy acostumbrado Mr. de Caulaincourt á tratar con la corte de Rusia, en la plenitud de sus recuerdos 1810 y 1811, impresionado aún por los esfuerzos del emperador Alejandro para evitar la guerra, abrigaba la esperanza de hacerle admitir una paz honrosa para entrambas partes, si se volvía á hallar en su presencia; y no le inspiraba este lenguaje el deseo de entrar de nuevo en posesión de un

alto empleo diplomático al cual había renunciado voluntariamente, sino el amor á una dinastía, á cuyo servicio se había consagrado, y á la Francia, á la cual creía en peligro. Mr. de Basano opinaba de una manera diametralmente contraria. Teniendo muchas relaciones particulares desde el matrimonio de Napoleón con la corte de Viena, quería negociar por conducto de Austria, hacerse así autor de una paz deseada por todos y por él mismo, si bien al modo de Napoleón, es decir, con exigencias que debían imposibilitarla. Mr. de Talleyrand, que empleaba en reirse de Mr. de Basano el tiempo que no dedicaba ya al servicio del Estado, y que Napoleón hiciera mejor en utilizar para ventaja propia llamándole al ministerio, contra su costumbre, por razones muy plausibles y por aversión á Mr. de Basano, se mostraba contrario al Austria y á la importancia que se trataba de dar á esta potencia.

Indudablemente, al ver los pasos de la corte de Viena podía temerse que, brindándose por mediadora, pasase muy luego de un papel oficioso á un papel dominante, y que, después de aconsejar la paz en tono modesto, acabara por imponerla con las armas en la mano. Sobre todo en sus relaciones con Francia, la mediación, que empezaba por el más amistoso y hasta paternal lenguaje, ofrecía un modo grandemente cómodo de pasar del papel de la alianza al del arbitraje, y si éste no era admitido, al de las hostilidades. Bajo este aspecto, lo más prudente y más hábil parecía hacerla entrar lo menos posible en los grandes negocios del momento, renunciar á los servicios militares y políticos que se podían obtener de ella, si no se quería pagarlos, y no hacerla caso para tratar directamente con Rusia. Pero para seguir esta conducta se atravesaba una dificultad casi insuperable, y consistía en las nuevas disposiciones del emperador Alejandro. Mr. de Caulaincourt le había dejado tímido y trémulo ante la idea de volverse á encontrar con Napoleón sobre el campo de batalla, y dispuesto á los mayores sacrificios á trueque de evitar este trance. Pero llegado de súbito al papel de vencedor de Napoleón de resultas de sucesos extraordinarios, envanecido hasta el último punto por situación tan nueva, hinchado con la esperanza de figurar como libertador de Europa, embriagado con los aplausos de los alemanes, se había hecho inaccesible, y verosímilmente Mr. de Caulaincourt, al encontrar á su lado muchos miramientos personales y ninguna condescendencia, soportara menos que otro alguno esta mudanza tan radical como reciente, y rompiera de pronto. Casi era, pues, impracticable lo de abocarse con Alejandro, y así no quedaba otro arbitrio para recurrir á las negociaciones que la mediación de Austria. Mr. de Basano tenía razón bajo este aspecto, si bien erraba en el modo de emplear los buenos oficios de la corte de Viena, y sobre todo en el de pagarlos. Substancialmente esta corte no abrigaba el designio de arruinar ni de abatir á Francia, en primer lugar por miedo, pues Napoleón seguía espantándola siempre, y en segundo por decoro, pues el matrimonio estaba demasiado reciente para que no se tomara en cuenta. Pero anhelaba aprovecharse de la coyuntura para rehacer la situación de Alemania y la de Austria, lo cual era muy natural y muy legítimo sin duda. Por necesidad había que reconocerlo y que resignarse, aun cuando no fuera nada grato, pues á esto se había dado

lugar con faltas enormes, y realmente el amor propio de Napoleón salía más comprometido en el fondo que el interés positivo de Francia; ya resignados, había que comunicarse con la corte de Viena para entenderse, dejarla obrar de seguida, interin se ganaran todavía algunas grandes batallas, que en sus manos serían un medio de hacer á los coligados razonables, y en las nuestras un medio de pagarla sus servicios algo más baratos.

Si no se quería obrar á tenor de las circunstancias, lo cual fuera muy triste desvario después de la expedición de Rusia, aun había otra conducta á que atenerse, afectando buenas relaciones con Austria y hasta escuchando con deferencia aparente sus consejos, y manteniéndose al par á distancia de ella, no tratando de emplearla, no reclamándola servicios diplomáticos ni militares de ninguna especie, pues cuanto se le pidiera bajo el aspecto diplomático la autorizaría á mezclarse en las condiciones de la paz, lo cual equivaldría á ponerla en camino de dictarlas, y cuanto se le pidiera bajo el aspecto militar, la autorizaría á armarse, lo cual equivaldría á ponerla en camino de hacernos la guerra.

Se necesitaba, pues, dirigirse en derechura y sin demora á Rusia, si cabía en lo posible, ó de no, dirigirse franca y cordialmente al Austria en la inteligencia de pagarla sus servicios; ó finalmente, si no se tenía esta cordura, emplearla lo menos posible, y no agrandar nosotros su importancia y sus fuerzas, que antes de mucho se habían de emplear en nuestra contra. Cualquiera otras miras carecían á la sazón de fundamento.

Estas diversas cuestiones sobre la paz, sobre el modo de entablar las negociaciones, sobre la extensión de los armamentos, eran las que Napoleón quería tratar en un consejo especial, reunido á principios de enero en las Tullerías, y compuesto de personas de competencia suma. En un país donde los ministros fueran responsables, esto es, autores de la dirección de los negocios, sólo debiera admitir allí á ellos; en un país donde él era el único autor de todas las determinaciones, eligió, entre los hombres que estaban cerca de su persona, los más experimentados en las materias que iban á ser ventiladas. De este consejo deseaba sacar algunas luces, si podía, pero sobre todo anhelaba acreditar sus disposiciones políticas y obtener en torno suyo una completa armonía de voluntades y de lenguaje luego que se adoptase un sistema.

Los personajes llamados, y designados en su mayoría por Mr. de Basano, fueron, además de éste, el archicanciller Cambaceres, el príncipe de Talleyrand, Mr. de Caulaincourt, el duque de Cadore (Mr. de Champigny), antiguo embajador y antiguo ministro de Negocios extranjeros, y finalmente, los dos oficiales mayores de esta secretaría, MM. de la Bernardiere y de Hauterive. De seguro fuera difícil reunir más sabiduría ni más verdadero deseo de salvar á Napoleón y al Estado.

Tranquilo y grave expuso Napoleón la situación en breves palabras, ordenó la lectura de los decretos que se debían presentar al senado, y luego puntualizó del modo que sigue la cuestión que apetece ser profundizada. «Deseo la paz, aunque no temo la guerra. A pesar de las pérdidas causadas por el rigor del clima, todavía nos quedan grandes recursos. Dentro impera el reposo. La nación no quiere renunciar á su gloria ni á su pode-

río. Fuera dan las más firmes seguridades de su fidelidad el Austria, Prusia y Dinamarca. Austria no piensa en romper una alianza de la cual espera grandes ventajas. El rey de Prusia ofrece reforzar su contingente, y acaba de someter á un consejo de guerra al general York. Rusia necesita la paz. Aunque trabajada por las intrigas de Inglaterra, no juzgo que se proponga porfiar en una lucha que acabará por serle funesta.

»He providenciado un alistamiento de trescientos cincuenta mil hombres (sumando, según hemos dicho, quinientos mil en la conscripción de 1813); redactado está el proyecto de senadoconsulto, y os va á ser presentado. Otro decreto está dispuesto para la convocatoria del cuerpo legislativo, al que no habrá que pedir nuevas contribuciones, si bien su presencia puede ser provechosa en las actuales circunstancias, y al cual pudiera ocurrir proponer algunas providencias legislativas.

»Tras de regular así el desarrollo de nuestras fuerzas, ¿conviene aguardar proposiciones de paz ó presentarlas? Si tomamos la iniciativa, ¿conviene tratar directamente con Rusia, ó es preferible dirigirse á Austria y pedirle su intervención? Tales son las cuestiones sobre las cuales aguardo y solicito vuestras luces.»

Después de esta exposición lacónica y firme, cada cual habló á tenor de su dictamen propio.

Como hombre convencido y buen ciudadano, sostuvo Mr. de Caulaincourt la necesidad de la paz y la conveniencia de tratar directamente con Rusia. Esta opinión fundóla sobre consideraciones que debían tener gran peso en su boca, habiendo vivido tantos años y con tanto honor en San Petersburgo. A impulsos de su habitual instinto de prudencia, inclinándose el juicioso Cambaceres á tratar en seguida con el más fuerte, con aquel de quien dependía todo, es decir, con el emperador de Rusia, y á amistarle lo mejor que fuera posible, desconfiando especialmente de Austria, que no ofrecía sus buenos oficios más que para tasarlos en muy alto precio, opinó lo propio que Mr. de Caulaincourt y apoyó vigorosamente su propuesta. Mr. de Talleyrand, en algunas palabras breves y sentenciosas, expuso el dictamen de dirigirse inmediatamente á Rusia, para obtener la paz sin largos rodeos, y en su concepto no más cara que pasando por las manos de Austria.

Tras de estos señores mantuvo Mr. de Basano á la larga el parecer contrario, y apoyándose en cuanto recogía cotidianamente, habló con mucho fundamento de la dificultad de abocarse con Rusia, cerca de la cual estaban cerradas todas las avenidas, al par que de la facilidad de pasar por Austria, donde se habían abierto espontáneamente los caminos todos. Mezclando á una opinión verdadera las ilusiones de un espíritu crédulo, manifestó la más entera confianza en el desinterés de la corte de Viena, en su adhesión á la alianza, finalmente en el amor del suegro al yerno, y afirmó que todo sería obvio por este lado, sin indicar á qué precio se obtendrían los servicios de Austria, cosa que debiera complementar su dictamen y de hacerle perfectamente juicioso.

Modesto y sensato Mr. de Champagny, viendo grandes dificultades en tratar con Rusia y grandes facilidades en tratar con Austria, predispuesto á la desconfianza respecto de esta última corte, cerca de la cual había residido, resignado á pagarla sus servicios al precio que

los tasara, opinó lo mismo que Mr. de Basano. Mr. de Hauterive, teniendo que pensar en determinado sentido, y Mr. de la Bernardiere, espíritu fino y cáustico, sometido por interés á Mr. de Basano, bien que se burlara de su política muy á gusto, se adhirieron al parecer del ministro, jefe de su departamento. De consiguiente, se declararon cuatro votos contra tres en favor de la intervención austriaca.

Para que tal consejo fuera provechoso, aceptando la mediación de Austria como única admisible, se debiera ir más lejos, osar discutir bajo qué condiciones se obtendrían los buenos oficios de esta corte, exponer con franqueza estas condiciones, hacer que fueran aceptadas, pues eran muy aceptables, según se verá muy pronto, ó si no se quería esto, demostrar que entonces había que conducirse con suficiente arte para eludir la intervención de Austria en vez de requerirla, para reducir su papel en vez de agrandarlo, para retardar especialmente sus determinaciones y tener así tiempo de vencer á los coligados antes que ella se pusiera de su parte.

Pero Napoleón no pedía que se avanzara tanto, y obcecado por sus deseos, echó de ver la falta en que iba á incurrir ya muy tarde. Claro veía sin duda al juzgar que por de pronto no había más que un arbitrio para entablar las negociaciones, y era el de valerse de la corte de Viena. Pero no le agradaba fijar la consideración en lo que había de costarle, se lisonjaba de influir por conducto de la emperatriz sobre el ánimo de su suegro, de obtener de este modo servicios militares al par que diplomáticos del Austria, y se persuadía de que, dando la Iliria, prometida tiempo antes en compensación de la Galitzia, y dándosele ahora de balde, se tendría por bastantemente galardonada. Error funesto era éste, y que debía ser casi tan fatal como la expedición de Rusia. A mayor abundamiento, deseando, por satisfacer al espíritu público, que se negociara ostensiblemente, decoroso y cómodo hallaba dejar que negociase su suegro sin aparentar que intervenía por sí propio.

Al modo que lo acostumbraba en sus consejos políticos raros y solemnes, donde nunca emitía su dictamen, al par que los expresaba viva é imperiosamente en sus consejos administrativos, dió gracias sin explicarse á los miembros de esta junta, bien que inclinándose, según las apariencias, á la opinión que obtuvo mayoría, á la de tratar de paz por conducto de Austria, operar al mismo tiempo un gran despliegue de fuerzas, presentar al senado el senadoconsulto proyectado para el alistamiento de los trescientos cincuenta mil hombres, y retardar algunas semanas la convocatoria del cuerpo legislativo, que á la sazón podría reflejar la agitación del espíritu público con vivacidad demasada.

Efectivamente, siguióse esta conducta sin demora, si bien con las faltas que el carácter de Napoleón debía introducir en ella, y que no era idóneo para atenuar el carácter de Mr. de Basano.

Después de escuchar mucho Napoleón á Mr. de Bubna, á quien por lo demás halagó diestramente y atrajo del todo á sus intereses, escribió á su suegro en un lenguaje que, aun siendo afectuoso y de amigo, no era adecuado á ganarle ni por la esencia ni por la forma. Refirióle su campaña de 1812, que, según su aserto, se había desfigurado mucho en Viena con relaciones ma-

lignas; quejóse de que tanto se hubiera dado oídos á estas relaciones en la corte de su suegro; añadió, y así era la verdad, que ni una sola vez le habían vencido los rusos; que dondequiera salieron batidos, y que, sobre todo, quedaron anonadados junto al Berezina; que nunca le tomaron prisioneros ni cañones sobre el campo de batalla, lo cual era verdad de igual modo, sino que, habiendo muerto de frío los caballos, se les hubo de abandonar mucho material de artillería; que, desmontada la caballería, no pudo proteger á nuestros soldados que se alejaban en busca de comestibles, y así perdió hombres y bocas de fuego; y que, por consiguiente, el frío era la sola causa de lo que se debía llamar un error de cálculo y no un desastre. Seguidamente Napoleón hacía inmensa ostentación de sus armamentos, amenazando no sólo á sus enemigos, sino á los aliados que tratan de abandonarle, lo cual aludía directamente á Prusia é indirectamente á Austria, bien que luego acababa por decir que, á pesar de la certidumbre de arrojar para la primavera á los rusos sobre el Vístula y del Vístula sobre el Niemen, deseaba la paz y la hubiera ofrecido si terminara esta campaña sobre el territorio de los contrarios; pero que en el estado actual de las cosas no le parecía propio de su decoro ofrecerla, por lo cual aceptaba la mediación de Austria y consentía en el envío de plenipotenciarios austriacos cerca de las cortes beligerantes. Añadía que, sin determinar á la sazón las condiciones de esta paz, desde luego podía indicar ciertas bases, resuelto como estaba á no permitir que se asentaran otras. Jamás consentiría en desmembrar del imperio lo que se había declarado territorio constitucional por senadoconsultos. De esta suerte Roma, el Piamonte, Toscana, Holanda, los departamentos anseáticos eran cosas inviolables é inseparables del imperio. ¡De esta suerte, sucediera lo que sucediera, Roma y Hamburgo debían tener prefectos franceses! Napoleón no se explicaba en punto al ducado de Varsovia, no decía lo que deseaba hacer de aquel territorio, y por tanto no excluía la idea de conceder algún engrandecimiento á Prusia, cosa esencial para los que ponían el empeño en la reconstitución de Alemania; pero declaraba que no consentiría en ningún ensanche territorial á favor de Rusia y no le concedería más que relevarla de las obligaciones del tratado de Tilsit, esto es, de los lazos del bloqueo continental. Respecto de Inglaterra, con la cual no sólo era apetecible, sino indispensable entrar en tratos, pues Rusia no se podía separar de ella, se ajustaba Napoleón á la carta escrita á lord Castlereagh en el momento de partir para Rusia, y en la cual había establecido como principio fundamental el *uti possidetis*. Según este principio, España debía pertenecer á José, que la poseía entonces, y el Portugal, que no poseía, á la casa de Braganza; Nápoles, que había conquistado, á Murat; Sicilia, que jamás había ocupado, á los Borbones de Nápoles; resultado deplorable de cierto, pues alcanzando territorios sobre el continente, de los cuales no teníamos necesidad alguna, allende el mar perdíamos nuestras colonias, caídas á la sazón en manos de Inglaterra. A la verdad era imposible discurrir nada más imprudente que declaración semejante. Para mostrarse arrogantes respecto de Europa, á fin de que no abusase de nuestro abatimiento, había que limitarse á serlo en el lenguaje y en el tono, sin enunciar condiciones que

debían hacer impracticable todo trato, y que, arrebatando al Austria toda esperanza de atraernos á su plan de pacificación, la debían decidir en el fondo del corazón á abrazar su partido al punto, y por tanto á precipitar su cambio de alianza, lo cual se debía retardar el más largo tiempo que fuera posible, aun previéndolo y resignándose á ello.

Positivamente lo esencial á la sazón fuera adivinar los deseos de Austria y satisfacerla hasta cierto punto, con lo cual nos la ganáramos del todo, ya que se aspiraba á atraerla á la liza en vez de apartarla de ella. Poco le importaba en el fondo que se hiciera hincapié respecto de España, de Holanda y hasta de Nápoles, si se lograba decidir á Inglaterra á ceder sobre estos diversos puntos. Que no se concediera á Rusia ensanche alguno ni en Turquía ni en Polonia, cosa era muy de su agrado, y por ello nunca se lanzara á las hostilidades. Pero lo que interesaba más que todo era emancipar á Alemania del yugo que hacíamos pesar sobre ella, yugo insoportable, cuando, además del notorio protectorado de la Confederación del Rin, teníamos prefectos en Hamburgo y en Lubeck, un monarca francés en Cassel, y especialmente á Prusia casi reducida á la nada. De seguro Austria no experimentaba sensibilidad de corazón hacia Prusia; pero dejar á esta potencia tan debilitada como se hallaba ahora, equivalía en su concepto á renunciar á una de las fuerzas esenciales de la Confederación germánica. No quería volver á tomar la corona imperial, carga todavía más pesada que gloriosa, pero anhelaba tornar á hallar su independencia en la independencia de Alemania, ejercer el mayor influjo sobre Alemania reconstituida, y en cuanto á lo que le concernía personalmente, recuperar la Iliria, obtener á la parte del Inn mejor frontera, verse, en fin, libre del gran ducado de Varsovia, pues no creía en el restablecimiento de Polonia, y en todo caso no pensaba pagarlo con la Galitzia. Ninguno de estos deseos había expresado hasta el presente, pero bastaba el más leve conocimiento de la situación suya para preverlos, y se necesitaba haber perdido á fuerza de ambición el verdadero sentido de las cosas para quitarla hasta la esperanza sobre puntos tan importantes, y más teniendo á su lado por competidores á Rusia y á Inglaterra, las cuales, además de un cambio completo en Alemania, le iban á ofrecer la restitución de cuanto apeteciera en Italia, en Baviera, en Suabia, en el Tirol, de cuanto había constituido en otro tiempo su poder y su gloria, de cuanto aún originaba, cuando pensaba en ello, sus sentimientos y sus dolores.

Si después de la destrucción del grande ejército, y con la mitad de nuestras fuerzas comprometidas en España, se creía poder triunfar de la Europa entera, incluyendo el Austria, al menos, en interés de la próxima campaña, convenía dejar á esta potencia en la duda, y no darle un poderoso motivo de acelerar sus armamentos y de apresurar sus determinaciones en nuestra contra. De consiguiente la más elemental de todas las políticas era entretener sus esperanzas para no lanzarla demasiado pronto á los brazos de nuestros enemigos.

A la funesta carta que Napoleón acababa de escribir á su suegro añadió Mr. de Basano otra para Mr. de Metternich expresando tres ó cuatro veces, más á la

larga y con más orgullo, lo que Napoleón significaba con el tono altanero que le era propio. Allí estaban expuestos con una exageración casi ridícula los armamentos de Francia. A su decir, de resultados de haber inspirado recientemente Prusia algunas desconfianzas, se armaban otros cien mil soldados y se preparaban otros cien millones. Si acababa por declararse en nuestra contra, ascenderían á doscientos mil los soldados y á doscientos los millones añadidos á nuestros recursos. Si se presentaba un nuevo enemigo, se agregarían otros doscientos mil soldados y otros doscientos millones, cuyo empleo no daba lugar á la incertidumbre, ya que, después de Prusia, sólo Austria podía provocar este nuevo despliegue de fuerzas. Según escribía el ministro de Negocios extranjeros, para mantener lo que se denominaba el territorio constitucional del imperio y la gloria de Napoleón se llegaría hasta el punto de juntar un millón y doscientos mil soldados. Sobre los rumores de sublevación de los ánimos en Francia manifestaba Mr. de Basano que, al revés, había que irse con tiento y no hostigar á una nación tan pundonorosa como la Francia, pronta siempre á levantarse en masa contra los que miraran de mal ojo su grandeza, y á lanzarse violentamente sobre Europa, si fuese necesario. Entonces se verían muy otras catástrofes que las presenciadas. Alguien existía aún por la generosidad y espíritu tolerante de Francia, que dejaría de figurar en el mapa de Europa. — Al parecer Mr. de Metternich había dado consejos, y según se ve, se le devolvían de modo de quitarle la gana de darlos en lo futuro.

Esta extraña diplomacia terminaba por testimonios personalmente lisonjeros para el ministro austriaco, bien que muy semejantes á la cortesía de un superior hacia un inferior. A mayor abundamiento Napoleón y su ministro decían que aceptaban la intervención de Austria, pero bajo las condiciones enunciadas, esto es, las condiciones arrancadas á Rusia después de Friedland, al Austria después de Wagram, y se trataba después de Moscou por desdicha. Para halagar á Austria se había ideado un medio tan singular como todo lo demás, y consistía en anunciarle con aparato, como noticias de familia propias á interesarla, la próxima coronación del rey de Roma, nieto del emperador Francisco, y el advenimiento de su hija María Luisa á la regencia de Francia, dos proyectos que ocupaban á Napoleón y sobre los cuales había platicado con el príncipe Cambaceres. Sin duda estas noticias no carecían absolutamente de interés para el emperador Francisco, y eran adecuadas á producirle algún agrado, porque amaba á su hija, y no podía ser insensible á la ventaja de verla gobernar á Francia en ciertos casos. Pero creer que semejante satisfacción le haría olvidar el estado de Alemania y de Austria, y veinte años de infortunios, que estaba en su mano reparar en un solo instante, equivalía á formarse muy singular idea de Europa y del modo de salir del peligrosísimo paso en que tan temerariamente se había metido.

También tenía que explicarse Napoleón con Prusia, y que responder á las excusas que le enviaba por la defección del general York, á las pretensiones que insinuaba de establecerse en Silesia, de crear allí un ejército con nuestro dinero, y de aprovecharse de aquel asilo para transformarse poco á poco, á semejanza de

Austria, de aliada en mediadora y de mediadora en enemiga.

Aun cuando Mr. de Saint-Marsán no desesperase al parecer de la corte de Prusia, con tal de que se la otorgaran oportunamente concesiones, evidente era que de ella había que esperar muy poco, dominada como estaba por pasiones nacionales irresistibles, y que respecto de ella no había que contenerse mucho, sin que resultase para la situación un grande perjuicio. Y á la verdad, consentir en armamentos que se habían de volver contra nosotros, darla un dinero quizá debido, pero que iba á servir para pagar sus próximas hostilidades, dinero que no se poseía tampoco, fuerza es reconocer que fuera la mayor de las insensateces. Y consentir en que se retirara á Silesia para tratar allí con Rusia, equivalía á entregarla nosotros á esta potencia, hacia la cual ya estaba impelida de sobra. No eran, pues, muy de temer las faltas respecto de la corte de Berlín, pues con ella se resentía el mal de irremediable. Napoleón recibió á Mr. de Krusemark, representante ordinario de Prusia, y á Mr. de Hatzfeld, enviado para esta circunstancia, les trató bien sin abandonar lo más mínimo su habitual altanería, les expuso á su manera su última campaña, cuidado suyo cotidiano cerca de todos aquellos á quienes veía, luego se extendió sobre sus vastos armamentos, sobre el desquite que iba á tomar sin demora, y afirmoles que antes de tres meses serían rechazados, no sólo más allá del Vístula, sino también del Niemen y del Dnieper los rusos. Tocante al proyecto de retirarse la corte de Prusia á Silesia, declaró que no pondría obstáculo alguno, pareciéndole muy natural, según decía, que no la agradara vivir en medio de los ejércitos beligerantes, pero no admitía que entrara en negociaciones directas con Rusia para alcanzar la neutralización de Silesia, y veía un acto positivo de defección en esto, pues la primera condición exigida por Rusia sería el abandono de la alianza de Francia. Relativamente á las demandas que se hacían de dinero, convino Napoleón en que, por el último tratado de alianza, estaba obligado á contar y á pagar al punto los suministros hechos á sus tropas; si bien puso de manifiesto que al primer examen le parecían no sólo inferiores á los noventa y cuatro millones reclamados por la administración de Prusia, sino también á los cuarenta y ocho millones debidos á Francia; que sin embargo, con antelación á todo examen, consentía en restituir á Prusia los cuarenta y ocho millones de sus empeños, pero que se debía comprender que antes de dar dinero á una potencia colocada tan cerca de sus enemigos, se necesitaba saber el uso á que pensaba dedicar lo que recibiera.

Tocante á las plazas del Vístula y del Óder encerró á los dos diplomáticos prusianos en un dilema de difícil salida, pues expresaba que si Prusia era su sincera aliada, no la debía pesar ver estas plazas en sus manos; que, si no lo era, no debía restituírselas á ningún precio, y que además, en vísperas de emprenderse á las márgenes del Vístula y del Óder una guerra muy activa, no parecía hora oportuna de desprenderse de los puntos que dominaban á entrambos ríos. Elevándose en seguida á consideraciones más generales sobre la situación de Prusia, dijo Napoleón que sucesos anteriores, independientes de su albedrío, le desviaron de hacer por la casa de Brandeburgo lo que deseaba; que lo

sentía ahora, si bien todavía era tiempo de efectuar lo no efectuado, y que, no siendo ya verosímil la reconstitución de Polonia, en la misma Alemania convenía procurar la creación de una potencia intermedia, capaz de resistir á Rusia, y que esta potencia no podía ser otra que Prusia; que así lo pensaba y se hallaba pronto á cooperar á la consumación de tal pensamiento; que, si se proponía una paz razonable, se prestaría á reforzar á Prusia por el lado de Polonia y aun por el de Westfalia, si, en vez de ser la pacificación simplemente continental, era marítima al propio tiempo. A estas insinuaciones añadió Napoleón testimonios de estimación hacia el monarca, miramientos halagüeños y dignos hacia sus representantes, bien que nada plenamente satisfactorio acerca de lo substancial de las cosas.

En cualquier otro tiempo estas semiaberturas sobre la suerte venidera que cabía en lo posible deparar á Prusia, fueran de consuelo muy grande para el rey Federico Guillermo; pero ahora, bajo el predominio de una opinión pública impetuosa, contra el influjo de las promesas magníficas que le hacían llegar Rusia é Inglaterra, tan vagas esperanzas constituían muy flojos lazos para ligarla á nosotros, sobre todo al negarla el dinero y las plazas del Vístula y del Óder, cosas ambas en que tenía esencial empeño. Al modo que prudente en puntos de política, era económico en materias de hacienda el monarca. A la sazón quería armarse para estar al nivel de las circunstancias, y deseaba que estos armamentos no le costasen cosa alguna. Además pugnaba por ser amo de su casa, y no creía serlo mientras los franceses ocuparan á la vez á Spandau, Glogau, Custrin, Stettin, Thorn y Dantzick. Por tanto estas dos negativas debían afectarle sensiblemente, y precipitar el movimiento ya harto rápido que le empujaba hacia nuestros enemigos.

Mientras Napoleón se explicaba de esta suerte con las potencias alemanas reputadas por aliadas, nada omitía para colocarse en aptitud de prescindir de ellas. Al senado había remitido los decretos mencionados, que á la quinta de 1813, ya decretada é ingresada en las filas, añadían la disponibilidad de las cohortes, el alistamiento de cien mil hombres de las cuatro últimas clases, y finalmente, el sorteo inmediato de la quinta de 1814. Imposible era no admitir estas disposiciones. Votadas fueron sumisamente por el senado: con ardor las votara también una asamblea libre, y con manifestaciones de sentimientos que ejercieran sobre el espíritu del país el más venturoso influjo. Para nadie podía ofrecer duda que el gobierno había errado y comprometido locamente una grandeza comprada á costa de tanta sangre. Pero tampoco ninguna persona de luces y de patriotismo podía cuestionar en punto á que, habiendo sido atraído el enemigo sobre Francia, se necesitaba hacerle frente y rechazarle, sin perjuicio de entrar en seguida en tratos y aun á costa de grandes concesiones, á las cuales se podía prestar Francia sin debilitarse. Convenía que estas concesiones se otorgaran después de victorias que restituyesen á nuestros ejércitos, no su gloria, ya imperecedera, sino el timbre de invictos recientemente perdido.

Así la opinión de los hombres ilustrados era hacer el último esfuerzo y alcanzar la paz sin demora. Pero la suerte de los hombres ilustrados es que les oigan raras

veces, ora los príncipes, ora los pueblos. Sumisa poco antes la masa de la nación á Napoleón y sumisa de sobra, se hallaba ahora dispuesta á la censura, á la murmuración, á la mala acogida en suma de las nuevas cargas de que se veía amenazada. Los padres de aquellos hijos que iban á convertirse en héroes sobre el campo de batalla, se lamentaban amargamente, y clamaban en los sitios públicos á voz en grito contra las quintas repetidas, contra las guerras incesantes, y contra las conquistas de tal modo lejanas, que apenas podían interesar al patriotismo. Cuando más se descendía en las clases inferiores, más pronunciado se encontraba este sentimiento, pues ellas padecían más de resultados, y siendo su inteligencia más limitada, no comprendían tanto la necesidad de un último é inmenso esfuerzo. En las calles de París vino á ser la osadía extremada y verdaderamente pasmosa bajo sistema semejante.

Colocándose un joven de veintidós años, el cual acababa de caer soldado, detrás de Napoleón, que iba á visitar el arrabal de San Antonio, dirigióle el lenguaje más ofensivo, á pesar del prestigio que rodeaba siempre su persona, y queriéndole prender la policía, se lo impidió la muchedumbre. Por el pueblo fueron libertados muchas veces jóvenes cogidos por la policía y que gritaban que eran quintos llevados á la fuerza, aunque á menudo no fuesen más que simples malhechores. Uno de ellos obtuvo este favor de las mujeres del mercado, que desarmaron por sí solas á los agentes de la fuerza pública, poco numerosos aquel día en el sitio donde pasaba la escena. Los soldados enfermos, que tenían que ir desde sus cuarteles al hospital militar situado en una de las extremidades de París, necesitaban cruzar toda la ciudad para dirigirse á aquel punto; y en más de una ocasión vióse á las mujeres del pueblo rodearlos, compadecerse de ellos, prodigarles cuidados, y gritar que aquéllas eran nuevas víctimas de *Bonaparte*, pues así se le llamaba en son de descontento (1). De este modo se le volvía de emperador á general y se le quitaba un cetro de que hacía constantemente tan cruel uso.

Aún se notaban más estas disposiciones en los campos, bien que se manifestaran de una manera más ruidosa, y con especialidad en los campos donde el alistamiento había encontrado más resistencia, como los del Oeste y los del Mediodía. Se comprende cuánta aversión habían de añadir al servicio militar las relaciones de Moscou, aversión insólita en Francia, pero que habían comenzado á hacer general la continuidad de las guerras y las espantosas efusiones de sangre. Trasladados nuestros jóvenes reclutas á las filas, se hacían pronto los más alegres é intrépidos soldados, pero murmuraban antes de llegar á ellas, y sus familias prorrumpían en altos gritos. Sobre todo á orillas del Rhin producían el efecto más funesto las relaciones de los militares vueltos de Rusia. A hombres pertenecientes á los antiguos cuadros y que tornaban por Maguncia oyóse decir á los reclutas encaminados á sus cuerpos: «¿Adónde vais?... ¿Al ejército?... Aguardad á que el emperador os lleve en persona, y mientras tanto volveos á

(1) No trazo cuadros de capricho, sólo refiero lo que he leído en los boletines de la policía imperial dirigidos á Napoleón. (N. del A.)